

el comandante militar de Metz, el marqués de Bouillé, se puso en ejecución tan torpemente, que el rey, capturado en Varennes, fué conducido á París en medio de las milicias nacionales exaltadas hasta el paroxismo, mientras la Asamblea decretaba la suspensión de las funciones reales.—Entonces la lucha fué á las claras; un Mirabeau plebeyo, Danton, dueño por su elocuencia y su energía de los núcleos orgánicos de la revuelta en París, arrojaba en las masas el fermento republicano; el rey trataba de precipitar la coalición de las potencias para salvarlo, aun á costa del desmembramiento de Francia, y la Asamblea, á un tiempo revolucionaria y monarquista, terminaba la redacción del Código supremo, en que el rey quedaba á merced de una Asamblea única, armado sólo del *veto* suspensivo. En esta Constitución (1791) se vió bien clara la profunda inexperiencia de los abogados que quisieron forjar una monarquía parlamentaria, sin lograrlo, y, sobre todo, la íntima contradicción que neutralizaba toda la eficacia de los principios revolucionarios y que consistía en esto: el individuo era soberano sin más límite que el derecho ajeno, principio excelente que es ya una conquista definitiva de la civilización; pero el pueblo es también soberano, y soberano absoluto, no limitado como en la Constitución americana por el derecho individual; esta teoría, hija de Rousseau, era la negación de toda libertad, y los franceses, educados en el despotismo, se la asimilaron, y por ella, en el fondo, la revolución es la hija legítima del antiguo régimen; por ella llevaba en su seno desde su primer momento el germen del *cesarismo*. El rey firmó la Constitución, se le devolvió el poder y esperó; no esperó mucho. (V. *Taine* la Revolution; *Lavisse et Rambaud*, Hist. gen. t. 8; *Aulard*, Hist. polít. de la Revol.)

LA NACION ARMADA.

(1791-1792.)

1. Europa y la revolución; los emigrados.—2. Los partidos de la Asamblea legislativa.—3. La Coalición.—Caída de Luis XVI.—4. La República; la invasión vencida.

1. *Europa y la revolución*.—La Europa entera estaba trabajada, en vísperas de la revolución, por el deseo indefinible y doloroso de innovar, de cambiar lo existente. Los soberanos trataban de hacerse eco de estos deseos, revolucionando en nombre del despotismo; así p. e. en Austria, donde José II, animado de un espíritu profundamente irreligioso, se empeñaba en someter la Iglesia al Estado; en Polonia, en Suecia, en los Principados alemanes, sobre todo á orillas del Rhin, hervía la masa popular. Las doctrinas de Rousseau pre-

dominaban entre filósofos de la alteza del gran fundador Emanuel Kant, y tenían séquito en muchos hombres ilustrados; como que la parte selecta de todas las clases sociales se educaba en Europa del mismo modo, se nutría del espíritu clásico, hablaba un idioma común, el francés; de aquí que Francia fuese un perenne foco de propaganda. Esta propaganda tendía á disolver la idea de patria, sobre todo en Alemania, en donde no la había propiamente. Schiller decía en 1784: «Alemanes, no os empeñéis en formar una nación, contentaos con ser hombres.» Y exaltado por las ideas nuevas hacía decir al marqués de Posa en *D. Carlos*: «El hombre romperá el yugo de su largo sueño; el esplendor de la naturaleza está fundado sobre la libertad, ¡y cuán rica es en la libertad!»—Pero así como todas las reformas de los soberanos en pro de la libertad civil y religiosa y de la propagación de la instrucción pública no hicieron otra cosa que reforzar la omnipotencia del Estado, así la difusión de las ideas antirreligiosas suscitó un espíritu místico y supersticioso que pronto saturó la atmósfera alemana, que en todo sentimiento sabe encontrar el fondo místico y en todo pensamiento el fondo metafísico. Los focos de este modo misterioso de ver las cosas, eran: la *franc-masonería*, cuyo centro radicaba en Inglaterra y cuyas *logias* estaban en todas partes, y en la cual la mayor parte de la nobleza y de los pensadores estaban afiliados; una asociación nacida de la corriente humanitaria y filantrópica dominante, los *iluminados*, secta de destructores fundada por profesores y estudiantes alemanes, que pretendía destruir la propiedad para establecer la igualdad, pero sin violencia, y que contaba en la burocracia alemana numerosísimos prosélitos: un grupo de Iluminados fundó sociedades para acabar con los reyes y los sacerdotes; una secta de místicos y teúrgicos se levantó entonces para oponerse á los Iluminados y defender el trono y el altar: la de los *Rosa Cruces*. Y como todas estas asociaciones remedaban los ritos orientales y los misterios griegos, y la sociedad ansiaba encontrar el secreto de lo desconocido, eterno horizonte negro de la ciencia humana, millares de personas acudían á las nuevas sectas, y aplaudían á Cagliostro y se agrupaban con frenesí en torno de la cuba magnética de Mesmer; á falta de religión se contentaban con superstición.—Las reformas de José II habían causado una revolución católica en Bélgica, que fué reprimida, y los revolucionarios habían ido á buscar amparo en los antirreligiosos franceses. Entonces los primeros pasos de la revolución francesa, que en estrofa magnética saludaba el poeta inglés Wordsworth, causaban indecible entusiasmo y profunda conmoción. Los soberanos la veían con inquietud; Gustavo III de Suecia se preparaba á ser el caballero andante de María Antonieta, y la emperatriz Catarina lanzaba terribles y sarcásticos anatemas contra la

revolución, á pesar de sus antiguas admiraciones por los filósofos que habían preparado la explosión; desde entonces concibió el proyecto de empeñar á los prusianos y los austriacos en una cruzada monárquica contra la Francia revolucionaria, para distraerlos de Polonia y acabar de devorar á la infeliz monarquía de Poniatowski.—Llegaron entretanto á Alemania enjambres de *emigrados franceses*. Dos corrientes hay que distinguir en la emigración: la primera, la voluntaria y la obligada por las determinaciones revolucionarias; ambas fueron criminales con la Patria; pero la primera, compuesta de ostentosos y casquivanos favoritos de Versalles y acaudillada por el conde de Artois (el futuro Carlos X), tras de ser más criminal, fué funesta para Luis XVI y su familia; ella hizo la situación de estos infelices horriblemente precaria, bajo la vigilancia del pueblo airado y sediento de venganza, porque suponía al rey cómplice de los emigrados, sinónimo de *traidores*; éstos, en realidad, despreciaban al rey y trabajaban en las Cortes por su cuenta y riesgo. La emigración de la nobleza, último vestigio de las costumbres feudales que reclamaba y buscaba la intervención extranjera, separó netamente la idea de Patria de la idea de Príncipe; fenómeno importante que anunciaba una nueva era en el mundo político.

Mientras la guerra amenazó desencadenarse en Oriente, gracias á los avances de los rusos contra los suecos y los turcos, Francia nada tuvo que temer; pero después de celebrada la paz entre las Potencias, éstas comenzaron á preocuparse de *los principios* y de *los avances revolucionarios*. Por fortuna, á pesar de los esfuerzos, alguna vez ridículos, de los emigrados, el hombre ilustrado y prudente que había heredado en 1790 el trono imperial, Leopoldo, se encargó de reprimir sus desatinos y tomó cierta actitud benévola de déspota reformista (así lo había sido en su ducado de Toscana) ante las tentativas constitucionalistas de la Asamblea francesa; para esto necesitaba desoír la angustiada deprecación de su hermana María Antonieta.—Los agentes directos del rey (enteramente opuestos á los planes de sus hermanos) habían hecho observar á las Cortes que sus actos públicos no debían considerarse libres, que se veía obligado á ellos por su seguridad personal y para dar tiempo á las potencias para arreglar su acción común. Pero Leopoldo se empeñaba en suponer lo contrario, y cuando Luis juró la Constitución, fingió creer que todo motivo de guerra había cesado. En Marzo de 92 murió Leopoldo y le sucedió su hijo Francisco II, que se creía un gran militar, que odiaba á la revolución y que inmediatamente precipitó contra ella un acuerdo con el rey de Prusia, el rey polígamo que se dejaba dirigir por una cábala de mistagogos y que ardía en deseos de ver lo que podía arrancar á Francia y á Polonia.

Los partidos en la Asamblea legislativa.—En la Asamblea nueva, denominada *legislativa*, dominaba un partido mucho más avanzado que el constitucionalista, dirigido por jóvenes abogados del departamento de la Gironda, llenos de aspiraciones republicanas, de elocuencia, de civismo, con más fondo retórico (obsérvese en sus discursos la prodigalidad de citas clásicas) que instinto político: habían resuelto convertir á la revolución en guerrera, para libertarla de la anarquía sanguinaria del interior, y, en su entusiasmo, considerando que el estorbo necesario, fatal, para la guerra que anhelaban, era *el monarca*, se propusieron convertirlo en su instrumento, y si resistía, romperlo.—Brissot, el diplomático, Mme. Roland, la admirable mujer, educada por Rousseau y Plutarco, encantadora flor humana de la República en su aurora triunfal; Vergniaud, el orador romano como Cicerón ó Tito Livio, ese orador de la historia; Condorcet, el pensador; Roland, el austero; Petion, el miserable insultador de la familia real capturada, eran los jefes de una legión de apóstoles y tribunos que hicieron pronto popular el nombre de *girondinos*. A la izquierda de éstos y en la parte más encumbrada del salón de sesiones, se sentaban los *montañeses* que se iban adueñando del club de los Jacobinos; entre ellos se erguía la fría, correcta é implacable figura del metafísico Robespierre, enemigo de la guerra porque distraía en el exterior las armas que la nación debía emplear en exterminar á sus enemigos intestinos. Debajo de ambos partidos estaba la masa de los diputados, quinientos poco más ó menos, que formaban *la llanura* ó el pantano (*marais*) prontos á seguir al partido que se mostraba fuerte, capitulando sin cesar con los vencedores, pero llena de hombres útiles en las comisiones; fueron ellos quienes prepararon las grandes reformas legislativas de la Revolución y después las del Imperio, que hizo á muchos de ellos senadores y prefectos.

3. *La Coalición. Caída de Luis XVI.*—Luis XVI, fiel á su sistema de dar tiempo á la Coalición, se había rodeado de un ministerio de constitucionalistas (los *feuillantes*, les llamaba el pueblo), inspirado por un exrevolucionario ardiente, Barnave, notable orador que había decidido consagrar su vida á la salvación de la monarquía y por una mujer de soberano talento, la hija de Necker, Mme. de Stael; en ese ministerio era la primera figura el brillante conde de Narbonne, favorito de la de Stael. El programa era evitar la guerra; mas el designio secreto del Rey, que coincidía, por diverso motivo, con el de los Girondinos, era precipitarla.—El ministerio cayó al dar cuenta de las primeras notas insolentes de Austria, y el rey, á pesar de un gran discurso de Vergniaud que designó con fulmínea energía á la Corte como el foco de la contrarrevolución, llamó á un ministerio girondino, en el que hizo el prin-

cial papel un aventurero, sin fe, pero con gran instinto militar y que consideraba su papel en la revolución, que aspiraba á dominar, como una intriga enorme, Dumouriez, primero encargado de la diplomacia (había sido espía en tiempo de Luis XV), luego de la guerra, y al fin del mando del ejército.—Los sucesos se precipitaban; Francia, surcada de grupos de voluntarios, vibraba de exaltación y patriotismo; la Asamblea multiplicaba sus medidas de rigor contra los emigrados: expatriación, confiscación, Muerte. Estos pensaban lo mismo, preconizaban el mismo sistema, y si hubiesen triunfado, en vez de un terrible terror rojo, habría habido un espantable terror blanco. París, gobernado por Danton y su estado mayor de tribunos y de hombres de acción y de presa, batía con sus oleadas el palacio del rey.

Las traiciones en la frontera, los primeros conatos de guerra civil en el interior, caldearon más los ánimos; la Asamblea decretó la formación de un campamento de voluntarios junto á París y una nueva persecución contra los sacerdotes católicos; el rey no quiso sancionar los decretos y despidió á los Girondinos. Entonces la insurrección, que ya se podía considerar en permanencia, envió su primer ejército á las Tullerías; el Rey, coronado con el gorro frigio, se manifestó estoico y sereno, al grado de obligar á los foragidos que lo rodeaban, al respeto; la reina estuvo noble y valiente.—Pero el combustible formaba ya aglomeración inmensa; Lafayette, indignado, escribió desde su campamento, frente al enemigo, una carta de felicitación al rey y otra conminatoria á la Asamblea; las tropas huían ante los invasores, los jefes traicionaban; el pueblo llegó á la demencia cuando se propagó el manifiesto del jefe del ejército invasor, el príncipe de Brunswick, que afirmaba que los soberanos aliados iban á restablecer el antiguo régimen y amenazaba á París con la destrucción si ultrajaba al rey.—La contestación de París fué el 10 de Agosto. Los arrabales decretaron la deposición del rey; Danton instaló una Comuna insurrecta en el Hotel de Ville y el pueblo asaltó y tomó las Tullerías defendidas por unos cuantos suizos y nobles; la Constitución había concluído su efímero y borrascoso reinado; el complot de la monarquía contra la patria estaba desbaratado. La familia real, en espera del fallo nacional, fué encerrada en la vieja fortaleza del Temple.

4. *La República; la invasión rechazada.*—La Asamblea no gobernaba, gobernaba la Comuna insurrecta de París. El ministerio girondino rehecho después del 10 de Agosto, nada podía contra ella; mucho menos cuando tenía en su seno al verdadero jefe de París insurrecto, á Danton. Este, en el fondo, humano, sensato, patriota hasta la médula de los huesos, lleno de perspicacia política, hombre de Estado genial, pero rudimentario, obligado á la

violencia para conservar su popularidad y poniendo al servicio de sus ideas la menos clásica y la más tumultuosa elocuencia que hubiese resonado en una Asamblea, no pudo ó no supo reprimir la tentativa criminal que desde la Comuna dirigían, por medio de la excitación y del miedo popular, Marat, un hemodipsómano, Collot y otros bebedores de sangre; ellos, forjando la leyenda de la conspiración de las prisiones atestadas de hombres y mujeres sospechosos de monarquismo, *en los primeros días de Septiembre organizaron el asesinato en masa* y mataron, durante tres ó cuatro días, centenares de inocentes; en la Francia entera resonó un grito de horror, de que se hizo eco la generosa Gironda, que anatematizó á Danton.—Entretanto el ejército de la revolución, abandonado por Lafayette que había querido sublevarlo, esperaba á los prusianos en las alturas de Valmy, y ahí rechazaba á Brunswick y á la invasión. «En este día, decía á sus compañeros el gran poeta alemán Goethe, que venía con los invasores, una nueva era comienza en la historia del mundo, y vosotros podéis decir: hemos asistido á su nacimiento.» (V. *Aulard op. cit.*; *Sorel L'Europe et la Revolution*; *Chuquet, Les guerres de la Rev.*)

LA CONVENCION.

(1792-1795.)

1. Los Jacobinos.—2. La Guerra.—3. La muerte del Rey y la Coalición reorganizada.—4. La Convención y la Comuna.—5. El Terror; la dictadura de Robespierre.—6. El Comité de salvación, la guerra civil y el ejército nacional.—7. Thermidor, la Reacción.—8. La obra de la Convención.

1. *Los Jacobinos.*—Las elecciones se hicieron en medio del tumulto causado en Francia por el peligro de la Patria y la caída de la monarquía. La mayor parte de la nación electora se abstuvo; los comités electorales, dominados generalmente por los exaltados y bajo los auspicios del *club de los jacobinos*, mandaron á la *Convención* (así iba á llamarse la nueva Asamblea constituyente) un grupo considerable de jóvenes que reforzaron los antiguos núcleos *girondinos* y *montañeses* y que debían disputarse la dirección de la masa de diputados de la llanura, que tuvo también un temperamento más exaltado que en la anterior Asamblea.—En la carencia casi absoluta de gobierno legal, se había formado en los departamentos un *gobierno extra-oficial* que se fundaba en tres elementos: su organización, que abarcaba la Francia entera y que ponía detrás de cada pequeño club local á todos los clubs de la nación y al omnipotente de París; la audacia y exaltación de sus individuos que atraía en torno suyo á los grupos de acción de la plebe en delirio; el miedo de los empleados que se sentían vigilados, denunciados y perdidos si desobede-